

PAGINA LITERARIA

Amor verdadero

(De EUGENIO DE CASTRO)

Tu indiferencia aumenta mi deseo;
cierro los ojos yo por olvidarte,
y cuando mas procuro no mirarte
y mas cierro los ojos, mas te veo.

Humildemente en pos de tí rastreo,
humildemente sin lograr cambiarte
cuando alzas tu desdén como un baluarte
entre tu corazón y mi deseo.

Sé que jamás te alcanzará mi anhelo,
que otro feliz levantará tu velo,
y estrechará tu juventud en flor!

Y en tanto crece mi pasión y avanza:
es médo amor amar con esperanza,
y amar sin ella, ¡verdadero amor!

GUILLERMO VALENCIA

Los Gitanos

Por SANTIAGO RESTREPO

Hermanos de Ashaverus nos álgicos oriundos
de quién sabe que patria remota de leyenda,
al borde del camino al fin alzan su tienda
del sol bajo un manójo de lampos moribundos.

En un extraño idioma los graves vágabundos
dialogan de manera que nadie los comprenda,
y exploran anhelantes alguna nueva senda
sus ojos soñadores hundidos y profundos.

Desgreñados los rostros de indefinible tipo,
arrastran por el mundo su singular equipo
dejando en todas partes las huellas de sus pies;

y cruzan las ciudades, la llanura, la estepa,
ceñudos, silenciosos, sin que jamás se sepa
de donde habrán venido ni adónde irán después.

FEMENINAS para LA HUMANIDAD

La mujer obrera

Al paso que el maquinismo concentra las industrias en las fábricas de los ricos, las mujeres que en antes se ganaban el pan en las diversas ocupaciones manuales, se han visto obligadas a engrosar las armadas de los esclavistas.

Maravillados por el progreso no hemos tenido tiempo de observar la dolorosa desvanecida del hogar de las mujeres pobres que por buscar un pan decorosamente, abandonan el calor de sus casitas y la sonrisa de sus hijos, por pasar la vida en la disciplinada mansión del poderoso,

Es necesario pensar que la existencia de la mujer aldeana, que naturalmente vive ajena a las pulsaciones del progreso, es menos precaria, por que las aldeas no las han escludido del engranaje social. Y, por eso las vemos en su choza fabricando

el jabón y las velas; colgando su rústico telar de tejer manta, y sus barillas de trabar esterillas y sus agujas de chonta para cruzar la red de sus abrigo. Honestas ocupaciones que le dan el pan y no le quitan el amor a su hogar y a sus chiquines. Pero, en las grandes ciudades, donde el rico monopoliza todo al rededor de sus maquinarias, no le queda sino un dilema: hacerse esclava de las fábricas, o poner sus carnes en la subasta pública a cambio de vivir!

Por qué tenemos que aceptar que las ruedas del progreso deban reventar los huesos y macerar las carnes precisamente a la mujer pobre?

Cuáles son los medios para evitar esta refinada crueldad que nos permite crear las riquezas inconmensurables con los sacrificios inenarrables? Si pensamos en las maravillas del progreso, por qué no recorda

mos que bajo las ruedas se quejan las víctimas?

CLARA LUNA

Ingenuidad

Una madre regaña a su hijo porque quiere pillar una naranja del cesto de un vendedor ambulante.

—? Qué haces, niño? ¿No sabes que no se puede tomar eso?

—¿ Por qué, mamá?

— Porque esas naranjas no son tuyas.

— Pues aquel niño tan bien vestido se lleva una.

— Pero no ha robado como tú querías hacer. La compró con su dinero.

— Y dónde dan dinero?

— El dinero no lo dan; se gana trabajando.

— Entonces, tú que trabajas todo el día, ¿tendrías mucho dinero para comprarme naran